

# Un árbol muy especial



**Dr. Zeirith Rojas Alfaro**

Revista Cúpula, N° , Año 1984

Con el ruego, a don Fernando Centeno Güell, de que acepte que le dedique este cuento.

Hoy en el parque, como tantas otras veces, levanté del suelo la hoja caída de un árbol y me quedé contemplándola. Mis nietos ya no se ríen al mirar esto; ni siquiera me hacen caso. Pero el menorcito, curioso me preguntó; “¿Por qué siempre recoges una hoja, abuelo? ¿Qué buscas? ¿Qué haces?”

Sus ansias de saber me parecían genuinas y sentí la necesidad de explicarle: “Te diré qué busco; versos. y te diré qué hago: rezo.

Tendría yo tus años cuando mi abuelo me contó una historia muy pero muy vieja. A él se la transmitió su propio abuelo, quien a su vez la escuchó de otro abuelo.

Sucedió en un pueblito lejano. En la plaza había un árbol fuerte, frondoso. Era un árbol bueno; bajo su protección los niños jugaban felices. Y cuando los niños llegaban a grandes, bajo su sombra leían versos.

Pero no lo hacían en libros, ni en papeles: leían en las hojas caídas de aquel árbol. Sí, era un árbol muy especial; ¡en sus propias hojas y con su propia savia, escribía los versos más sentidos. La fama del árbol rebasó el pueblito.

No muy lejos moraba una bruja malvada y envidiosa. Aquella mujer ansiaba escribir poesía; y bien pudo haberlo hecho pues tenía buenos sentimientos, pero los mantenía encerrados en lo más profundo de su corazón, porque ella había jurado ser mala. Como a los malos n a d i e

los quiere, en represalia ella no quería a nadie ni a nada; ni siquiera podía querer a sus propios versos. Los escribía llena de orgullo, con una pluma de pavo real; y después de escribir cada línea, lanzaba con odio gotas de tinta sobre las palabras escritas.

Su odio mataba a sus versos en el mismo momento de nacer.





Cuando la bruja conoció la historia del árbol que escribía versos, se enfermó de odio y de envidia; y para dar paz a su maldad, marchó en busca de aquel.

Llegó al pueblo en pleno día y caminó directamente a la plaza. La gente, temerosa, la siguió de lejos. Ya ante el árbol, la bruja se volvió hacia los mirones y les dijo: “Este árbol es un estorbo; ya está viejo y no dará nada de provecho. Les haré un favor; tal vez sirva para leña ... “ Alzó los brazos al cielo mientras el pueblo contemplaba asustado. Masculló unas palabras y una enorme nube de humo envolvió a la bruja y al árbol. Sonó una carcajada infernal y la nube se disolvió por encanto: el árbol estaba tendido en el suelo, con sus raíces de fuera; la mujer ya no estaba ahí y los habitantes del lugar, confusos, en silencio se miraban unos a otros ...

El pueblo lloró, pero, no sabiendo qué hacer, pronto todos se olvidaron del árbol y cada cual volvió a su vida de siempre.

Quiso el destino que, pocos días después, pasara por ahí un grupo de hombres jóvenes que iban de regreso hacia su propio pueblo. El jefe había escuchado historias del árbol que escribía versos y, naturalmente, preguntó en dónde se encontraba éste. Al enterarse de la malvada acción de la bruja, enfureció e inmediatamente propuso a sus compañeros que trasladaran el árbol hasta el pueblo de ellos. Sus amigos habrían estado de acuerdo, pero, ellos eran pocos,

carecían de un carro y el árbol pesaba tanto ... El jefe no escuchó razones y en un alarde de impetuosidad, contestó que él solo llevaría el árbol; y se dispuso a hacerlo.

Por compañerismo, los otros trataron de ayudarlo. La sorpresa fue enorme: de algún modo, aquel árbol se volvió liviano y ellos pudieron colocarlo sobre sus hombros y marchar así, de vuelta a sus hogares. La razón de que esta historia llegara hasta mi fue que, un abuelo de mis antiguos abuelos, fue uno de aquellos hombres que, llenos de orgullo por sentir que hacían lo correcto, marcharon, árbol al hombro, hacia su pueblo.

Al final de la jornada, escogieron un bello jardín y ahí plantaron de nuevo el árbol viejo; y éste, agradecido, pronto reverdeció y comenzó a regalar sus hojas con versos.

La gente de aquel lugar aprendió a amar la poesía; y con el tiempo, algunos de los habitantes garabatearon sus primeros versos.

Así, por muchos años más, el árbol continuó dando mucho más que lo que recibía. Pero los años traen cambios: los pueblos crecen; los hombres estudian; aparecen muchas cosas nuevas y muchas cosas viejas se van. Al pueblo llegaron hombres con nuevas ideas. Unos de ellos miraron el árbol y, en dos segundos y por unanimidad, decidieron que no daría ningún fruto, excepto hojas, basura; que era muy grande y utilizaba un espacio



que deberían ocupar varios árboles pequeños; y sobre todo, que lo viejo y el pasado debían dar paso a lo nuevo y al futuro. Y los hombres con nuevas ideas colocaron sobre el árbol una placa que decía “Eliminar”. Otros hombres vendrían después a cumplir aquella orden.

Esa noche, el abuelo de mis abuelos robó la placa.

Los hombres volvieron y colocaron otra; alguna persona se la llevó aquella noche. Varias veces se repitió el ritual de la colocación y el hurto del letrero. Todos los días, al amanecer, las personas se acercaban a la plaza; querían saber si aun estaba ahí la placa o si nuevamente la habían robado.

Una mañana, como presintiendo algo malo, el sol salió más tarde; y cuando los curiosos se acercaron a la plaza, quedaron pasmados: la placa no estaba ahí; tampoco el árbol.

Los habitantes del lugar, especialmente los viejos, sufrieron por la ausencia del árbol.

Se hacían preguntas: ¿Habría venido la bruja envidiosa? ¿Habría sido el árbol “eliminado” por los hombres con ideas nuevas? O el árbol, aburrido de los hombres, ¿simplemente había huido lejos?

“Nunca nadie más volvió a ver aquel árbol. Sin embargo, de cuando en cuando aparecía algún hombre, o alguna mujer,

que lograba escribir una hermosa poesía. Entonces, en el pueblo decían que aquella persona había robado esos versos; que los había copiado de la hoja caída de un árbol”.

Contando mi historia, casi me había olvidado de mi nieto. Le miré al rostro y sentí que me comprendía. Me regaló una sonrisa y continué mi relato: “En el mundo siempre habrá brujas malvadas, pueblos atemorizados y hombres tontos con ideas nuevas. Ojalá que también siempre haya jóvenes impetuosos, capaces de luchar por la vida de un árbol”.

Te dije que, cuando levanto del suelo una hoja de árbol y la contemplo, lo que busco son versos y lo que hago es rezar. Creo que ya sabes por qué busco versos. Te diré ahora por qué rezo: “Le pido a Dios que algún nieto de los nietos de mis nietos sepa leer versos en las hojas caídas de un árbol viejo”.